

La Biblia nos brinda una historia maestra.
Es más grande que nuestros conflictos.
Nos da forma y nos alimenta.

Una Biblia tan grande como el universo

por Michael A. King

He alcanzado a comprender que la Biblia es un portal que nos conduce a un universo asombroso; pero me ha tardado llegar a esa conclusión. Pasé mi niñez y adolescencia como hijo de misioneros a Cuba y México, tan empapado de Biblia como sea posible imaginar. Además de las actividades de iglesia saturadas de Biblia, nuestra familia añadía una devocional bíblica diaria. Luego también la exigencia de que cada miembro de la familia leyera un versículo antes de la comida frente al aroma celestial de los alimentos, casi nos mataba por cuanto éramos nueve hijos. Con nueve años de edad, ya me había leído la Biblia entera.

Con doce años, ya estaba asumiendo un agnosticismo que me acompañaría hasta llegar a ser adulto. La diferencia entre cómo experimentaba yo la vida y lo que mi iglesia enseñaba que significa la Biblia, me obligó a luchar con la cuestión de la existencia de Dios y la idea de que Jesús sigue vivo.

Por aquella época me crucé con *El león, la bruja y el armario*, de C. S. Lewis. Atravesando los abrigos del

armario uno podía introducirse a la tierra de Narnia. No tardé en enamorarme: enamorarme de Narnia, de los cuatro personajes principales (Pedro, Susana, Edmundo y Lucy), del gran león Aslan, la versión de Jesús que presenta Lewis, enamorarme de esa sensación de que todo encaja, todo tiene sentido, para desembocar en un lugar maravilloso —aunque a veces hagan falta batallas y traiciones y muertes que culminan en nada menos que la resurrección de Aslan después que la Bruja Blanca lo mató.

La Biblia no me afectaba así. Narnia sí. Cincuenta años más tarde, la Biblia no se me ha transformado en Narnia; pero sin embargo, como explicaré, ahora sí me da cosquilleos de emoción. Dentro de la Biblia se desenvuelve la historia de Dios, Jesús, los Abrahames y las Saras llamados más allá de sus vidas ancianas, los discípulos que luchan por comprender qué significa éste que camina con ellos después de muerto, los que descubrieron que un fuego descendía sobre ellos aquel primer Pentecostés y la historia, si nos adentramos a ese mundo, de cada uno de nosotros.

Entrar a una Biblia tan grande como el universo es importante por muchos motivos. Uno de los primeros, es que todos vivimos por una historia maestra, una historia dentro de la cual toman forma nuestros valores, nuestras motivaciones y metas,

nuestra percepción de lo que es real y verdadero. Hoy día es difícil saber cuál sería la historia maestra de Estados Unidos, por cuanto las crisis económica, política, moral y de inseguridad complican el «sueño americano».

Cuando las historias maestras de la humanidad se deshilachan, necesitamos una más segura. La Biblia nos brinda una historia maestra tan firme como la roca. Entra en ella como quien pasara por un armario, y descubrirás que la Biblia entiende sobradamente de historias maestras fracasadas; está llena de eso y nos muestra con cuánta facilidad nos defraudan. Entonces nos cuenta que si nos introducimos en la historia de Dios —y en fin, la de Jesús—, comprenderemos que incluso el fracaso, como lo tachan las historias maestras humanas, puede transformarse en éxito: En el evangelio lo inferior se transforma en superior y los enemigos en amados, la justicia fluye hasta alcanzar a viudas que claman, los humildes son exaltados, el último de éstos es valorado, la cruz como símbolo mortífero de la historia maestra del Imperio Romano, cobra vida como símbolo de la historia maestra cristiana.

En segundo lugar, la Biblia es más grande que nuestros conflictos. Como los habitantes de Narnia, nosotros también vivimos en medio de batallas. La que más espanto nos pro-

También en este número:

Actúa por el bien de los demás	3
Rituales de transición (11)	4
El fruto del arrepentimiento	6
Diccionario: Pentecostés	8



duce acaso sea la tentación creciente a considerar que las diferentes formas de entender las cosas en diferentes religiones o incluso entre cristianos, es un conflicto entre nuestra bondad y la maldad de ellos. De esa manera, cómo es que entendemos la Biblia acaba siendo otro tema más sobre el que entrar en conflicto.

Pero mi matrimonio, curiosamente, me ha llevado a comprender que la Biblia es lo bastante grande como para abarcar diferentes perspectivas y necesidades. Precisamente cuando yo me encontraba en ese período de rechazo de la Biblia, la chica que acabaría siendo mi esposa, Juana, sentía que la Biblia y la fe tenían poco sentido para ella. Sin embargo en aquellos años, Gerry Keener, un estudiante menonita en la Escuela Universitaria Houghton, condujo un grupo de *Campus Life* en el que Juana comprendió la posibilidad de una relación más estrecha con Dios por medio de Cristo. Este descubrimiento de que la Escritura podía cobrar sentido llevó ahora a Juana a involucrarse con pasión en el movimiento carismático, donde el Espíritu Santo dio profundidad a sus estudio de la Biblia como Palabra viviente de Dios.

Nos conocimos en la Universidad Menonita del Este (EMU), en Harrisonburg, Virginia, en la cima de mi etapa de agnóstico y la suya como carismática. Al cabo de dos años, nos casamos. Muchos de nuestros amigos pensaron que era un proyecto destinado al fracaso: un intento de mezclar agua y aceite. Pero en mis estudios en EMU y después en el Seminario Bautista del Este (ahora Palmer), aprendí formas de estudio bíblico donde podían tener cabida mis preguntas difíciles, confiando que la Biblia es lo bastante grande para abarcarlas y para estimularme a la aventura de seguir al Jesús que nos descubre la Biblia.

Entre tanto, Juana seguía entusiasmada con las enseñanzas carismáticas de que Dios y la Biblia podían dar forma a una vida diaria de inmensa vitalidad. Aunque conforme cada crisis obtenía como única respuesta: «¡Tienes que orar más!», Juana acabó decidiendo que algunos aspectos de la interpretación carismática que había recibido, daban como resultado una Biblia demasiado pequeña.

Así es cómo desembocamos a la vez en la convicción de que la Iglesia Menonita donde yo nací y donde Gerry había traído a Juana, nos brindaba recursos para nuestra peregrinación individual, única, enriquecedora aunque siempre cambiante, en relación con la Escritura. Aprendimos a poner en valor la forma anabautista o menonita de entender la verdad bíblica por una lente individual y personal —pero solamente hasta cierto punto. Por cuanto nos necesitábamos uno al otro y ambos a la comunidad —la iglesia local, la denominación, la iglesia universal— en nuestra interpretación de la Escritura.

Esas perspectivas ahora me inspiran al considerar, por ejemplo, las diferentes tradiciones (o falta de ellas) que hallamos en el Seminario Menonita del Este (EMS), del que soy decano. Nos necesitamos uno a otro para comprender la riqueza de la historia maestra de la Biblia. Cada tradición cristiana enfatiza cosas diferentes. A veces llegamos a conclusiones opuestas, como cuando los menonitas en EMS entienden que el bautismo que instruye la historia

bíblica es para adultos, pero para los metodistas es el bautismo infantil. De manera que afirmar que la Biblia es más grande que nuestras diferencias no es lo mismo que decir que las anula.

Pero la propia Biblia, como la iglesia mundial hoy, está llena de tradiciones y enseñanzas diferentes. La Biblia abunda en anécdotas de personajes bíblicos en conflicto sobre cómo entender la historia de Dios. La Biblia es más grande que nuestros conflictos porque podemos confiar que si nos adentramos en ella con nuestros puntos de vista diferentes o incluso enfrentadas a muerte, jamás podremos destruir su historia maestra. Aunque peleemos dentro de su mundo o acerca de él, nos acabará atrapando en ese mundo donde nos cuenta la historia de Dios en medio de y a través de diversidades y tensiones y énfasis en conflicto, con toda la plenitud de su gloria descosida.

Esto desemboca con naturalidad en una tercera razón para celebrar una Biblia tan grande como el universo. La Biblia nos forma mediante

La Biblia es lo bastante fuerte como para soltarnos sus tesoros cuando luchamos con ella. Jacob luchó con Dios y acabó transformado en Israel. Nosotros también podemos arrancar bendición cuando nos plantamos ante ella con nuestras más profundas dudas, luchas e interrogantes.

nuestra sumisión a ella pero a la vez, cuando nos enfrentamos a ella. La Biblia nos invita a ser humildes ante sus verdades que sobrepasan nuestra comprensión. Pero la Biblia es también lo bastante fuerte como para soltarnos sus tesoros cuando luchamos con ella. Jacob luchó con Dios y acabó transformado en Israel. Nosotros también podemos arrancar bendición cuando nos plantamos ante ella con nuestras más profundas dudas, luchas e interrogantes.

Mi profesor de Antiguo Testamento en el seminario, Tom McDaniel, enseñaba que sí, efectivamente, «Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia» (2 Tim 3,14-17). Pero eso no quiere decir que el pueblo de la Biblia alcance siempre a comprender lo que Dios quiere decir. McDaniel enseñó que la Biblia nos corrige al mostarnos cómo el pueblo de Dios se equivoca tanto como acierta a entender a Dios.

De manera que McDaniel diría que tenemos que luchar con la historia que cuenta el libro de Josué, en el Antiguo

Testamento, de matanzas, de hombres, mujeres y bebés enemigos, en el nombre de Dios. Incluso ahí, en las crueldades del Antiguo Testamento, Dios puede hablar; porque podemos darnos cuenta que los israelitas a veces captaban que Dios los estaba instruyendo a ser menos sanguinarios que los pueblos alrededor. Sin embargo cuando interpretamos el libro de Josué teniendo en cuenta temas bíblicos como la misericordia y el amor eternos de Dios, o la invitación de Jesús a amar a los enemigos, McDaniel diría que Josué nos demuestra que para entender plenamente cuando Dios habla, el pueblo necesita de una comprensión que va en aumento.

Por último, atesoro una Biblia tan grande como el universo porque alimenta incansablemente nuestros corazones, mentes y almas. Estemos o no de acuerdo con ella, luchemos con ella o nos sometamos, nos irrite o consuele, la Biblia, con todos sus poemas y salmos, sus diálogos y diatribas, sus doctrinas y dictados, sus historias y sermones, nunca agota sus maneras de darnos forma. No digo que debamos

adorar la Biblia. Es que la Biblia nos invita a adorar a Aquel a quien revela, al Señor de los Ejércitos, al Dios que en Jesús acampó entre nosotros, al que Juan llama la Palabra hecha carne. La Biblia nos invita al llevarnos a conocer al pueblo de Dios, con el paso de milenios, en sus momentos de mayor acierto y mayor fracaso en el empeño por ser el pueblo de la Biblia.

Como humanos que somos, nos tienta vivir con una Biblia pequeña que se amolda a nuestras ideas preconcebidas, a nuestra ceguera y nuestras batallas. Vista desde la perspectiva de Dios, la Biblia es bastante grande como para poder alimentar a Michael, a Juana y a otros tantos miles de millones, con nuestras diferentes creencias y llamamiento. Nada que le traigamos será demasiado para esta Biblia tan grande como el universo.

Traducido de The Mennonite, enero 2015. Permiso solicitado. Michael A. King es decano del Seminario Menonita del Este, en Harrisonburg, Virginia.

Parábolas para un mundo que vive a corto plazo (II)

Actúa por el bien de los demás

por José Luis Suárez

1. La intemporalidad de las parábolas

Las parábolas tienen el poder de estimular la conciencia pública, sacando a la gente de su estado de letargo o satisfacción de lo logrado, para darse cuenta de aquello sobre lo que no se tenía conciencia. Las parábolas agudizan el ojo intuitivo de la mente, muy a menudo embotada por el exceso actual de la lógica, racionalidad y sobresaturación de información. Nos ponen en contacto con lo que vivimos y no sólo con lo que pensamos. Nos conducen al corazón de la verdad.

Las parábolas son intemporales. Son pertinentes en todo tiempo, lugar

y época, porque tocan y evocan algo primordial y fundamental del ser humano. Siempre son nuevas aunque sean muy antiguas. Nos hablan en el fondo de nuestro ser, que muy frecuentemente es ajeno a lo que ocurre en la superficie del diario vivir.

Las parábolas se dirigen a todo público: creyentes y no creyentes, con muchos estudios y sin ellos, ricos y pobres, de extractos sociales muy diferentes, a niños y ancianos. El poder del mensaje de las parábolas se encuentra en que no están contaminadas ni por la cultura, ni por la civilización del momento, ni por las prisas, ni por la velocidad, ni del vivir a corto plazo.

Las parábolas son siempre eternas y evidentes. Una mirada profunda nos hace descubrir, sin embargo, que su simplicidad, su complejidad y su riqueza las hace abiertas a mensajes múltiples, aplicables a todo ser humano. Nos enseñan a contemplar con los ojos de la fe la cara oculta de la vida cotidiana; a ver las cosas pequeñas que nos parecen insignificantes, pero que contienen verdaderos tesoros ocultos.

Las parábolas no son pasatiempos, ni historias para pasar un rato y divertirse. Pretenden ser un mecanismo de arranque, disparadores que incitan al lector a pensar, reaccionar y actuar. Son el principio de un proceso de gran aventura.



2. Actúa por el bien de los demás

Se encontraba una vez un beduino llamado Abdul caminando por el desierto, cuando divisó a lo lejos un oasis en cuyo interior relucía una laguna rodeada de vegetación.

—¡Qué bien! —exclamó Abdul—. Ahora podré saciar mi intensa sed.

Se dirigió pues al vergel. Pero cuando se estaba aproximando a él, divisó a un hombre viejo inclinado al lado de la laguna, excavando en la tierra mientras sudaba profundamente.

—¡Buen hombre! —comenzó a modo de saludo Abdul—. ¿Qué hace cavando pozos con tanto afán en este día de tanto calor?

El viejo levantó la vista y le respondió:

—Estoy plantando semillas para que crezcan higueras.

—¿Qué dice? —inquirió a su vez Abdul—. ¿Para qué haría usted una cosa así, si nunca verá los frutos? Bien es sabido que las higueras demoran muchos años en crecer. ¡Venga conmigo a refrescarse en la laguna y olvide esas pesadas tareas!

—Es verdad que no verá crecer la higuera ni espero probar los higos —respondió el viejo—. Planto estos árboles para que un día algún otro pueda saborear sus frutos, del mismo modo que hoy estoy disfrutando de los frutos que sembraron otros antes que yo.

3. Palabras acerca del mensaje que se desprende de ésta parábola

- Solidaridad, generosidad, utopía, egoísmo, esperanza, futuro, cooperación, esfuerzo, colectividad, estrechez.

• Lucas 12, 16-21

4. Frase para la reflexión personal

Vivir para los demás, no es solo la ley del deber, es también la ley de la felicidad (Auguste Comte).

De una manera que parecería ser prácticamente universal, las iglesias cristianas hemos incorporado a nuestro ritual habitual, la celebración de bodas.

Esto no era automático. En la antigüedad las bodas se concertaban entre las familias que así se aliaban y emparentaban. Seguramente se habrá invocado a los dioses como testigos de los votos prometidos, la alianza jurada entre familias; y tal vez se invocaran también para bendecir con fertilidad y prosperidad a los novios. Pero la boda no era propiamente algo que concernía a los dioses del cielo, sino a los humanos de la tierra. Lo más esencial era el banquete y la festividad, la música y el baile, la consumación del apareamiento carnal; cosas en las que los dioses contaban bastante poco.

Sin embargo, ha hecho bien la iglesia cristiana en incorporar a su ritual la celebración de las bodas. El Antiguo Testamento contiene numerosas historias donde Dios mismo guía a sus hombres elegidos a encontrar esposas idóneas; y otras historias donde Dios concede de manera sobrenatural fertilidad a mujeres hasta entonces estériles. El Dios de la Biblia se manifiesta sorprendentemente interesado en la reproducción humana.

También ha hecho bien la iglesia, porque la transición personal que supone casarse, es de las más importantes en la vida humana. Y si en todos los pueblos de la tierra la boda se celebra con festividad pública, es la familia cristiana, la comunidad local donde comulgan los creyentes, el entorno más natural donde celebrar y festejar los cristianos el matrimonio.

Quedarse otra vez soltero o soltera

Pero quedarse otra vez soltero o soltera después de haber estado casados, es una transición por lo menos tan importante —acaso más. Los cambios son igual de profundos, idéntica

Rituales cristianos de transición

11. Defunción de cónyuge / Divorcio

por Dionisio Byler

la transformación que supone para el sentido de identidad personal, el concepto que tiene uno de sí mismo, su forma de entenderse en relación con todo el mundo.

Hay, naturalmente, dos maneras muy diferentes de volver a quedarse soltero. Ambas pueden resultar igual de traumáticas, igual de transformadoras de la realidad personal. En ambas puede darse una sensación de soledad insufrible, de abandono, de tristeza y duelo, de sentir que los sueños se han frustrado, que el futuro no tiene ya nada que ofrecer. Pero en ambas puede darse también —al contrario— una sensación de libertad y volver a empezar. Si el fallecimiento de la pareja ha sido después de una larga enfermedad y dolorosa agonía, el desconsuelo y dolor de la muerte puede estar acompañado, inesperadamente, de felicidad y alivio de que el sufrimiento de la persona amada haya terminado, que la carga insoportable de atender a sus necesidades haya hallado por fin descanso. Parecida mezcla de sensaciones contrarias, tristeza y a la vez alivio, puede acompañar un divorcio.

La iglesia ha sabido acompañar instintivamente a quien se queda viudo o viuda. Nos resulta relativa-

Escenificar el divorcio con un ritual cristiano supone tener que asumir que aunque predicamos el amor y la convivencia —y especialmente, el valor deslumbrante de la conversión que nos hace personas nuevas— sin embargo estamos descubriendo que no somos perfectos, que nuestra conversión no lo ha cambiado todo.

mente fácil ponernos en su situación, imaginar sus sentimientos, entender la clase de necesidades que pueden estar padeciendo... El funeral se erige así en un ritual que escenifica a la perfección la solidaridad de la comunidad entera con la viuda o el viudo. Celebramos conjuntamente, en comunidad, los recuerdos entrañables que tenemos de la persona fallecida. Celebramos conjuntamente nuestra esperanza en la resurrección y confianza en la salvación eterna. Lamentamos juntos la separación de la muerte, la sensación de incredulidad ante el hecho de que nunca más veremos a esa persona en esta vida. Y nos volcamos automáticamente en rodear a la persona que ha perdido así el cónyuge de su vida y se queda solo o sola para afrontar las responsabilidades de los hijos, la economía familiar, etc.

Volveremos en otra ocasión a la transición que expresa el ritual funeral cristiano.

Pero, ¿y el divorcio?

Pero quisiera ahondar aquí en la realidad de que muy parecidas son las necesidades emocionales, sociales y espirituales de quien está viviendo el final de un matrimonio por divorcio. Sin embargo, la iglesia no hemos sabido prestar el mismo apoyo, ni mucho menos hemos sabido traer esto ante Dios, como comunidad, para escenificar mediante un ritual cristiano la separación por divorcio. Por defecto, el divorcio acaba teniendo entonces un ritual puramente secular: la firma de papeles, la tramitación pertinente en el registro civil, y poco o nada más. Y sin embargo, el divorcio es uno de los momentos más importantes, que más huella dejan en la vida de quien lo haya vivido.

Quizá este defecto, esta incapacidad para acompañar el divorcio con un ritual cristiano oportuno, se deba a la conciencia intranquila de la comunidad. El fracaso de un matrimonio en nuestro seno se nos antoja —con razón o no— un fracaso de todos



nosotros. Imaginamos que si hubiésemos sabido dar el apoyo necesario, acaso podríamos haber ayudado a evitar este desenlace.

Escenificar el divorcio con un ritual cristiano supone tener que asumir que aunque predicamos el amor y la convivencia —y especialmente, el valor deslumbrante de la conversión que nos hace personas nuevas— sin embargo estamos descubriendo que no somos perfectos, que nuestra conversión no lo ha cambiado todo.

El divorcio nos confronta con la realidad de que las muchas oraciones y la fe intensa y la esperanza clavada en Dios, sin embargo no son siempre suficientes como para arreglarnos una relación que ha empezado en ternura pero ahora desemboca en aspereza, ha empezado con ilusión y felicidad pero ahora acaba en desilusión y desengaño. Cuesta admitir que la boda, debidamente ritualizada como acto cristiano, con bendición y acaso pronunciamientos proféticos en el seno de la comunidad, no nos ha garantizado adecuadamente la felicidad posterior ni la armonía familiar.

Es más fácil mirar para otra parte, desentenderse, no querer asumir realidades, hacer como que aquí no ha pasado nada —o que lo que ha pasado es por deficiencias personales especial e inusualmente graves de los divorciados. Más fácil eso, que decir, como comunidad: «Hagamos ahora un ritual donde escenifiquemos nuestro apoyo a estas personas heridas, con su sentimiento de fracaso y soledad, para que se sepan amados incondicionalmente a pesar de todo, amados y amparados —nunca juzgados— por Dios y también por todos nosotros, sus hermanos cristianos».

No ayuda tampoco una interpretación legalista y prohibitiva de la enseñanza de Jesús sobre la ley de Moisés que instruye el divorcio para determinadas situaciones. Algunas tradiciones eclesiales han interpretado que Jesús prohibió lo que Moisés instruía, que desautorizó lo que la Instrucción bíblica mandaba. De acuerdo con esa tradicional interpretación de la enseñanza de Jesús, se ha tachado universalmente de pecadores a los divorciados —especialmente si se volvían a casar. Así añadían la condenación de la iglesia a los sentimientos de fracaso personal que ya padecía de por sí la persona divorciada. O procuraban hacer que se sienta culpable por su sentimiento de euforia ante la libertad recuperada, al poner fin a una situación familiar que se había vuelto insostenible.

Jesús y los apóstoles nos han enseñado de muchas maneras y en muchos lugares del Nuevo Testamento, sin embargo, que la religiosidad legalista es uno de los peores enemi-

gos de la espiritualidad auténtica y del amor cristiano. Quien utiliza la Biblia para juzgar al prójimo y sentirse moralmente superior, ha entendido muy poco y muy mal el espíritu de Cristo. Y si una forma de entender determinados pasajes de la Biblia tiene en nosotros ese efecto, hay que sospechar que es una forma equivocada de entenderlos.

Aunque nos cueste, aunque nos abandone la imaginación y no sepamos por dónde empezar, las comunidades cristianas tenemos que crear un ritual de acompañamiento para esta transición del divorcio en la vida de algunos cristianos. Dios nos conceda que sean pocas las veces cuando tengamos que emplear este ritual. Pero ha de existir, porque hay una necesidad humana que lo demanda. Entre otras cosas, habrá que incluir en este ritual la declaración expresa de que ante Cristo y su iglesia, estas personas están ahora en libertad de volver a casarse. Esto es necesario decirlo, porque nos falta tradición en este sentido; así como hoy ya a nadie escandaliza que las viudas puedan pensar en volver a casarse.

Se cierra una etapa, pero la vida sigue...

Cuando acompañamos a la viuda o viudo al fallecer su cónyuge, y a los divorciados al formalizar su divorcio, son rituales que escenifican un fin de ciclo, el final de una etapa en la vida. Sin embargo estos rituales tienen que transmitir también un sentido de esperanza, una declaración de que estas personas siguen teniendo un futuro en Dios.

Tanto para el divorciado como para la viuda, la vida no acaba ahora (aunque lo parezca). Mientras seguimos con vida, Dios tiene proyectos para nosotros que dan sentido a nuestra existencia. Y nosotros también hemos de aprender a albergar proyectos nuevos: proyectos de fe, proyectos de esperanza, proyectos donde Dios ha de estar presente y podamos seguir prestando servicio cristiano —con nuestros dones del Espíritu— a la comunidad y al mundo.

Archivo histórico

Del fruto quíntuple del arrepentimiento.

Fragmentos de una carta de 1550

por Pilgram Marbeck

El primer fruto del verdadero arrepentimiento es que el pecador se reconozca acreedor de la muerte eterna, bajo la severa y seria justicia y la iracunda venganza de Dios; que se avergüence cabalmente, que se vea a sí mismo completamente fracasado y deshecho, con temor y temblor ante los ojos de Dios, indefenso, desconsolado, totalmente abandonado por todas las criaturas de la tierra; que ya no tenga ni conozca, busque o reconozca ayuda en sí mismo ni en nada, sólo el pecado y la culpa, que lo precipitan al infierno con el diablo y su séquito. Ese es el primero y más amargo de los frutos del verdadero arrepentimiento, para que probemos y experimentemos —antes de todos los demás— cuáles son los frutos que nos depara el pecado que hemos cometido y para que lo probemos y saboreemos por primera vez. Sí, antes que ningún otro, un verdadero arrepentido debe saborear el fruto que él mismo ha trabajado y sembrado (a través del engaño y del pecado). Pues lo que cada cual sembrase, eso cosechará o segará (Ga 6,7). [...]

El segundo fruto del arrepentimiento es que Dios, al mismo tiempo que condena, hace brillar un pequeño resplandor de esperanza de perdón para que el pecador espere la gracia con paciencia y así se percate de que no puede prender ni robar a Dios su gracia. Entretanto considera la vacilación divina y la ausencia de la gracia del consuelo y de la paz proporcionada por el Espíritu Santo, como beneficio para su salvación, hasta que la luz —hasta que el día de la gracia junto al estanque del agua de la gracia— brille

y el agua sea agitada, para brindar al enfermo la esperanza de curación (Jn 5,2), o hasta que Cristo lo encuentre después de 38 años de enfermedad en el pórtico de Salomón (Jn 5,5; 10,23), esperando y paciente, para apiadarse de él. [...]

El tercer fruto del verdadero arrepentimiento es que el pecador sufre más por lo que ha hecho contra Dios, que por lo que debe padecer a causa de ello. Así (esperando la gracia divina), no aspira a que Dios lo libere de la cruz y del sufrimiento, hasta que en su dolor desee como el ladrón de la derecha [de Cristo, en la cruz], que Dios se apiade de él. [...] Los verdaderos arrepentidos no desean librarse del sufrimiento merecido, sino del pecado. Encomiendan su culpa a la intercesión de la inocencia de Cristo, reconocen que padecen con justicia y por propia culpa y que el Señor Jesucristo ha padecido inocentemente por nuestros pecados. [...] Aspiran a no cometer nunca más un pecado, para poder vivir, en adelante, complacido en todo a su Dios. [...]

El cuarto fruto del arrepentimiento: Aun cuando el pecado permanece en nosotros (por el primer nacimiento, como hijos de Adán), el verdadero arrepentido no le permite gobernar, porque sigue sufriendo con la inocencia de Cristo en la cruz, por causa del pecado. Porque ¿qué delincuente ambiciosa o sigue cometiendo el delito cuando está prisionero y padece martirios por su delito, a no ser que esté desafortunadamente desesperado? ¿Cuánto menos dejarán estos pecadores gobernar el pecado, siendo que son verdaderos prisioneros de Dios y

que sufren el martirio en la conciencia por causa del pecado y no tienen un consuelo cierto, sino que simplemente desean liberarse del pecado! Sería un gran ultraje a Dios [...] cometer pecados mientras se hace penitencia, se está prisionero en la conciencia y se confía en la redención. [...] Porque el arrepentimiento supremo, más grande y más provechoso consiste en vivir, en adelante, según la voluntad de Dios y no en la maldad. [...]

El quinto fruto del arrepentimiento es que uno no culpe de sus pecados a ninguna criatura en el cielo y en la tierra o que la señale como causa de los mismos, por ejemplo, de esta manera: Si no hubiera ocurrido esto o aquello, yo hubiera sido tan recto que no lo habría cometido. Porque la maldad original sólo surge de la autonomía. [...] Por ello, quien señala a cualquier criatura del cielo y de la tierra como causa de su pecado, bellaquería y maldad, para así justificarse, estará culpando a su propio Dios, creador y hacedor de todas las criaturas, a pesar de que eso equivale a blasfemar contra Dios, como si uno dijera: Si Dios no existiera yo no habría pecado. La verdad es todo lo contrario: Si el dios malvado (su maldad y toda mi propia maldad) no existiera, tampoco existiría el pecado, pero quien se quiera excusar así con cualquiera otra causa del pecado, estará deseando que en lugar del verdadero Dios, con sus buenas criaturas, estuviera el embustero y hacedor de la maldad. Pero el fruto del verdadero arrepentimiento es que Dios y todas sus criaturas sean tenidos por verdaderos y buenos, como que Él

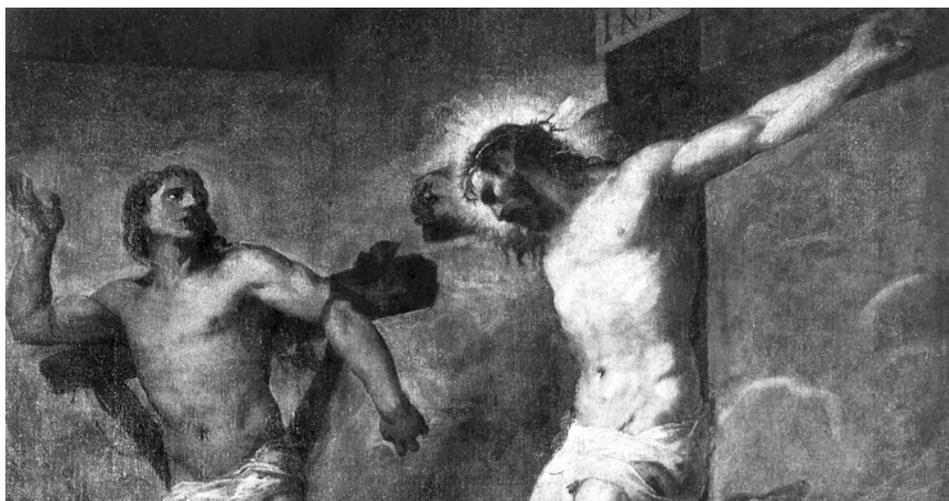
es bueno y verdadero. [...]

Por eso, Dios mío, no responsabilices de mis pecados a ninguna creación de tu mano, por cualquier causa que sea, ni la castigues por ellos. Yo, yo, yo, merezco con justicia toda la culpa, todo el dolor y el castigo. Porque yo he seguido siempre al mismo príncipe, el dios de toda la maldad, y he prestado mi adhesión por propia petulancia. Porque tú eres siempre mi Dios, Señor y Redentor, que has reconquistado para mí y para todos los hombres el poder y la capacidad de resistir a todo mal y nos los has otorgado y conferido. [...]

Espero de tu misericordia y gracia que me salves y redimas nuevamente de las manos de mi enemigo, que levantes nuevamente mi casa, que arranques nuevamente la cizaña de mi corazón, que te apiades de mi miseria y grande pobreza y que seas generoso conmigo, pobre pecador.

Pilgram Marbeck (o Marpeck) fue uno de los pensadores más originales del movimiento anabaptista del siglo XVI. Un ingeniero civil, sus servicios estaban tan solicitados que es de los pocos líderes del movimiento que no murieron mártires.

Traducción de Ernesto Suárez Vilela, en John H. Yoder (copilador), Textos escogidos de la Reforma Radical (Buenos Aires: La Aurora, 1976), pp. 255-266.



*Jesucristo y el buen ladrón.
Cuadro de Tiziano (aprox. 1556)*

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

Pentecostés — 1. La festividad judía de *shavuot*, «semanas». Contando siete semanas desde la Pascua, los fieles de Israel estaban citados para una segunda peregrinación al santuario del Señor, en relación con la siega de cereales. 2. Festividad cristiana de Pentecostés. En el Nuevo Testamento, fue el día de esa festividad y peregrinación en Jerusalén, que los 120 hombres y mujeres que seguían fieles a Jesús, recibieron el derramamiento del Espíritu Santo.

1. El Antiguo Testamento indica tres festividades con peregrinación. *Shavuot* es una de ellas, que se describe también en diferentes textos como festividad de la siega, o de los primeros frutos. Viene al cabo de 49 días, contando desde el segundo día de la pascua judía. En la peregrinación, se presentaban al Señor los primeros frutos, el fruto de las plantas más precoces en madurar en cada parcela.

Aunque el texto bíblico no lo dice claramente, la tradición judía siempre asoció esta festividad con la recepción de la *Torá*, la Instrucción divina o Ley. Se supone que siete semanas sería lo que se tardó en llegar desde Egipto hasta el Monte Sinaí. El ir contando las semanas a partir de la Pascua, refleja la emoción creciente en anticipación a la revelación del más grande de los dones divinos: el don de su Palabra y Guía para Israel, dada por medio de Moisés.

La colección de la Biblia Hebrea trae agrupados los cinco *meguillot*, o rollos, que vienen asociados a diferentes festividades judías. Uno de ellos es el de Rut, que se lee cuando la festividad de *shavuot*, por cuanto el grueso de lo que cuenta ocurre en relación con la siega.

2. El libro de Hechos da continuidad a la historia que recogen los evangelios. Lucas, el autor de Hechos, nos cuenta que después de resucitado, Jesús permaneció entre sus discípulos cuarenta días, al cabo de los cuales ascendió al cielo. Diez días más tarde, el día de la festividad de *shavuot*, acontecen los hechos que los cristia-

nos conocemos como Pentecostés. La palabra deriva del griego *pentékonta*, «cincuenta» —que son los días que se cuentan desde el primer día de la Pascua. (Ya hemos dicho que las siete semanas —49 días— se cuentan a partir del *segundo* día.)

El ser un día de peregrinación explica la multitud de «espectadores» que acuden cuando la reunión de oración de los discípulos y discípulas de Jesús se ve interrumpida por distintas señales sobrenaturales. Deben de haber sido muchas personas, por cuanto Lucas informa que como consecuencia de la predicación de Pedro, tres mil personas se bautizaron.

Las señales que Pedro y los demás seguidores de Jesús interpretaron como un derramamiento del Espíritu Santo, son todas ellas bastante interesantes:

Se recordará el Aliento o Viento de Dios que soplaba sobre las aguas el primer día de la creación. Y el Viento de parte de Dios que divide las aguas del Mar Rojo para los esclavos fugados de Faraón, creando así la nación israelita. Ahora un rugido como de un gran viento indica idéntica situación de creación divina: Los cristianos entienden que ese día, ese mismo Espíritu Creador creó la Iglesia de Cristo.

Moisés había tenido un encuentro con un fuego inexplicable: la zarza que ardía y no se consumía. En diversas oportunidades el relato bíblico cuenta de una llamarada que baja desde el cielo y consume el sacrificio presentado al Señor, como señal de que el sacrificio es aceptado y Dios se complace. El profeta Elías fue arrebatado al cielo en un carro de fuego. El profeta Isaías vio *serafines*, es decir «seres de fuego», cuando su visión del Señor en el templo. Pero ahora ese fuego divino se reparte individualmente sobre todo el pueblo, hombres y mujeres, libres y esclavos, jóvenes y ancianos, sin acepción de personas. Como queriendo decir que lo que antes había sido excepcional, cosa de profetas muy señalados, ahora iba a estar al alcance de todos.

Cuando la Torre de Babel, Dios había creado confusión y falta de entendimiento entre la humanidad, dándonos idiomas incomprensibles entre sí. Ahora Dios hace que la gente pueda entender el mensaje de salvación en todos los idiomas del mundo. Bueno, no todos, no entonces; pero ya hoy, en nuestro propio día, el evangelio es anunciado en una multitud inimaginable de idiomas.

Fue la primera, pero no sería la última vez que cayó el Espíritu sobre los que anhelaban la cercanía y presencia de Dios. El propio libro de Hechos cuenta de algunas ocasiones más. Y la historia posterior nos multiplica en innumerables ocasiones, derramamientos del Espíritu Santo sobre quienes le buscan de todo corazón, reproduciendo así la experiencia maravillosa de un Pentecostés personal (aunque no es frecuente que venga acompañada de idénticas señales).

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org